II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

"Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba". San Juan, cap.2.

Alguien decía que, con cierta frecuencia, a Cristo se le trata en las bodas como a los fotógrafos. Al terminar la ceremonia: "Muchas gracias. Ya te llamaremos más tarde. Que tengas buena noche".

Cristo inicia su vida pública, conviviendo con unos amigos en una boda de Caná, en Galilea. Allí "comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en El". Comenzó sus signos ante una necesidad muy simple: no tenían vino.

Si no solamente escuchamos las palabras del Evangelio, sino que también tratamos de convivir con el Señor, llegaremos a descubrir el sentido y las condiciones de sus signos.

¿Cuáles son esas condiciones? Cuando lo invitamos a nuestra vida, Cristo realiza sus signos. Cuando lo invitamos con su Madre y cuando nos comprometemos a poner agua allí donde lo que falta es vino. Cristo trabaja con hombres de fe.

Cristo es nuestro invitado: El Señor vino a "acampar entre nosotros". Pero anhela estar presente en cada uno y en todo lo que una vida significa: Búsqueda, luchas, errores, caídas, fracasos, aciertos, dudas, éxitos, tragedias. Jesús inicia su vida pública en las bodas de unos amigos. Quiere estar presente en nuestro amor. Quiere compartir con nosotros esta aventura.

Invitado con María: Ella es la presencia femenina Dios en el mundo. Ella es la que sabe adivinar que "no nos queda vino". Con su intuición y su ternura detecta todas nuestras carencias.

Y allí en Caná descubrimos unos hombres de fe. Dispuestos a llenar las tinajas y a llenarlas hasta arriba. El mundo cambiará si cada uno de nosotros sigue aportando agua, que es la materia prima para ese vino del Señor. El mundo cambiará si no escuchamos a los sensatos, a los realistas. A los supuestos sabios que nos dicen: "¿Para qué, si esto ya no tiene remedio?". "¿Y tú sigues creyendo en la Iglesia? Pero si hoy nadie tiene fe...!". Si continuamos llenando las tinajas, entonces Cristo hará sus signos y se realizará el misterio.

¿Pero qué es el misterio? Es el poder del Señor, que va más allá de nuestras posibilidades. Poder de Dios que convierte el agua en vino. Tantas veces cuando se escaseaba nuestro vino, hemos prescindido del misterio.

Le hemos quitado el misterio a lo religioso. Pretendemos explicarlo todo. Reducirlo a nuestra condición limitada y humana y darle una dimensión científica. Le hemos robado al sexo su misterio, porque hemos pretendido convertirlo en una ciencia y enseñarlo como una técnica. Lo hemos disociado del amor y de la vida.

Recémosle entonces a María para que, por su intercesión y con la gracia de Cristo, el agua de nuestros esfuerzos se convierta en el vino generoso de una vida plena y feliz.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.